

Aprendiendo a las Malas Por Daniel Linder

A veces aprender a las malas es la única manera de aprender, independientemente de cuán excruciante pueda ser la lección. Sin embargo, hay un lado positivo. Espero que al compartir lo que me sucedió, tomes mi ejemplo, no cometas los mismos errores y te ahorres una gran cantidad de agravios.

Cuando era soltero, mi perspectiva sobre las citas era sombría. Cada cita a la que había ido era un fracaso. Juré que nunca volvería a salir con nadie. Por mucho que odiara las citas, no había nada que quisiera más que estar en una relación. Me perseguía mi soledad y mi creencia, probablemente falsa, de que mi felicidad dependía de estar en una relación.

Mi día de suerte llegó cuando conocí a Priscilla durante un descanso en una conferencia profesional. Estaba deambulando en mi propio mundo, en un dilema. Por malo que fuera el congreso, no podía irme porque no tenía nada más que hacer conmigo mismo. Ella debe haber captado de alguna manera mi energía abatida. Cuando conocer a alguien era lo último que tenía en mente, de repente se me acercó con una gran sonrisa y ojos brillantes, preguntándome si había asistido a alguna capacitación que le recomendara. Ambos nos lamentábamos de lo poco inspiradora que parecía ser la conferencia. Terminamos entablado una conversación que continuó más allá del descanso. Mi interés ciertamente fue despertado.

Aprendí lo siguiente sobre ella: vivía en Los Ángeles (yo vivía en San Francisco en ese momento). Era bailarina y estaba persiguiendo una carrera como terapeuta. Pensé que era atractiva. Tenía un gran cuerpo. Sobre todo, tuve la sensación de que le gustaba.

Decidí irme de la conferencia, mientras ella decidió quedarse con la esperanza de encontrar una presentación más convincente. Conseguí su número de teléfono y me dijo que esperaría mi llamada.

Desde que nos separamos, no pude dejar de pensar en ella. "¡Vaya, qué mujer tan elegante! ¡Una bailarina! Una artista. Alguien a quien puedo admirar. Lo tiene todo; estaba buena, inteligente, terapeuta — hablábamos el mismo idioma, una mujer de verdad, la mejor que había aparecido en años."

Cuando la llamé un par de días después, estaba feliz de escuchar de mí. La primera conversación que tuvimos duró una hora. Continuamos hablando por teléfono dos y tres veces a la semana, de una a dos horas a la vez. Al comparar nuestras respectivas notas sobre relaciones, yo era mejor que cualquier hombre con el que ella hubiera estado, y ella era mejor que cualquier mujer con la que yo hubiera estado.

Después de varias semanas hablando por teléfono, no podíamos esperar para decidir reunirnos en persona. Iba a volar hasta verla por un fin de semana. Ella estaba allí para recibirme cuando bajé del avión. En el momento en que la divisé, me sorprendió lo diferente que se veía de cómo la recordaba. Estaba arreglada, con toneladas de joyas y maquillaje. No sabía por qué se había arreglado tanto. ¿Y qué era todo eso de las joyas y el maquillaje? Era un misterio para mí por qué tantas mujeres intentan verse mejor haciendo cosas que las hacen verse peor. Quizás quería verse bien para mí. De todos modos, no soy tan orientado a la apariencia. Es la persona debajo del maquillaje y las joyas a quien vine a ver.

Pero luego, mientras subíamos a su auto, empecé a sentirme un poco fuera de lugar. Conducía un T-bird nuevo. Otro hilo de pensamientos críticos pasó por mi mente. Soy un tipo de clase trabajadora de Brooklyn. Nunca tuve un auto nuevo. Mi padre nunca tuvo uno. Además, ¿por qué alguien necesitaría uno de esos grandes autos americanos que consumen mucha gasolina solo para ir al trabajo? Esperaba que no fuera una de esas princesas ricas y mimadas de las que me aseguré de mantenerme alejado. Una vez más, me calmé. Seguí diciéndome que no la condenara porque conducía un auto nuevo grande. Quizás hace viajes largos y le gusta estar cómoda. ¿Qué diferencia hacía si me gustaba su auto?

Mejoró mucho cuando llegamos a su casa. Era una casa enorme en las colinas de Hollywood con una piscina, una vista fenomenal y muchos dormitorios. Con todo ese espacio, ya me estaba preguntando cómo sería vivir allí y estaba bastante contento con la idea.

Durante las siguientes horas, me senté con ella en la sala de estar, hablando y disfrutando de la vista, pero no de la conversación. Para describir nuestra química, "plana" sería quedarse corto. Aunque ella era amigable, acogedora y le gustaba, algo faltaba. No podía identificar qué era. Tomamos una botella de vino, que no ayudó mucho.

Las dudas empezaron a surgir en mi cabeza. "¿Cómo podría faltar algo después de todas esas horas de increíble conversación telefónica?" Estaba haciendo todo lo posible para convencerme a mí mismo de mis sentimientos. Seguía diciéndome: "Tienes mucho tiempo, dinero e inversión emocional aquí, para abandonarlo todo tan rápido. Más vale que le des algo de tiempo." Además, todavía tenía ir a la cama con ese hermoso cuerpo de bailarina a lo que anticipar.

Para cuando estábamos en la cama, me sentía mal. Estaba entumecido. Aunque me sentía como una pasa arrugada, esperaba que una vez que nos desnudáramos, me animara. Eso nunca sucedió. No estaba atraído ni excitado. Para mi asombro, sin embargo, tuvimos sexo de todas formas. No sé cómo lo hicimos, pero lo hicimos. Por primera vez en mi vida, entendí realmente lo que significa "tu cuerpo tiene vida propia."

Las cosas continuaron de esta manera durante el resto del fin de semana. Nada funcionó. La encontré superficial y aburrida, no era mi tipo. Me gusta la profundidad y la vulnerabilidad, no alguien que es tan agradable, alguien que actuaba como si todo fuera igual que por teléfono sin perder el ritmo. "¿Cómo podría ella no saber que esto no estaba funcionando? Y si lo sabía, ¿cómo podía no decir nada?"

El lunes por la mañana finalmente llegó. Tenía un vuelo a las dos. No podía esperar para irme. Ella actuaba como si nos fuéramos a casar. No tenía ninguna duda de que no quería volver a verla. ¿Qué iba a hacer? El momento de la verdad había llegado. Tenía que decirle cómo me sentía. Esta fue la parte más difícil. Ella no lo estaba entendiendo. Le dije que no me había funcionado, que no lo estaba sintiendo y que no planeaba volver a verla. Fuimos y vinimos con ella intentando convencerme de darle a la relación más oportunidad. Empeoró tanto que rompí a llorar. "No sabía que sería así. Lo siento. Lo último que quería hacer era hacerte daño."

En el vuelo de regreso, me hice una pregunta. ¿Cómo sucedió esto? De ninguna manera quería volver a pasar por algo así. Quizás habría un lado positivo en las lecciones aprendidas.

Pensé que probablemente habría sido diferente si hubiera podido decirle antes que no estaba interesado. Pero ¿cómo podría haber sabido entonces lo que supe después? Empecé a sentirme un poco mejor al entender que me había adelantado, había asumido que había una relación antes de que se materializara una en la que ambos estuviéramos. Confundí su capacidad de hacerme sentir deseado y valioso con compatibilidad. Había presumido que la atracción sexual inicial significa gran química física, rapport automático y base para una relación íntima saludable — errores que no iba a repetir.

Daniel A. Linder, MFT, es un Terapeuta Matrimonial y Familiar licenciado en práctica privada en el área de la Bahía de San Francisco.